



## «Relación y nuevas y visitas»: la primera carta conservada de Quevedo al duque de Osuna

Henry Ettinghausen  
Universidad de Southampton

La correspondencia mantenida por Quevedo con el duque de Osuna es la primera que conocemos de su epistolario que tenga una continuidad de cierta importancia, aparte de las cuatro cartas en latín intercambiadas con Justo Lipsio en 1604 y 1605. Como tal, marca hasta cierto punto las pautas que luego seguirán otros importantes intercambios epistolares suyos, como los que conocemos con el duque de Medinaceli, con Sancho de Sandoval, con Francisco de Oviedo y con los jesuitas Pedro Pimentel y Juan Antonio Velázquez<sup>1</sup>.

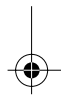
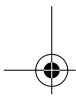
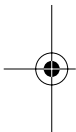
Desde luego, las cartas que nos han llegado de Quevedo deben de representar una parte infinitesimal de su correspondencia. Las que han sobrevivido lo han hecho gracias a diversos avatares: en el caso de la correspondencia entre Quevedo y Osuna, casi en su totalidad por haberse incautado al duque como parte del dossier de pruebas que se recogió para instruir su proceso. Al rescatarse estas cartas, casi todas en el siglo XIX, de su purgatorio archivístico, se les reconoció el crucial interés que encierran para la biografía de nuestro autor, ya que versan mucha luz sobre los años que pasó como confidente y agente del duque, cuando éste —primero como virrey de Sicilia (1611-1616), y luego de Nápoles (1616-1620)—, llevó a cabo su particular política geoestratégica en Italia y el Mediterráneo, una política propulsada por la fuerza de las armas, pero también por campañas propagandísticas y por sobornos y corruptelas<sup>2</sup>.

Curiosamente, en el estudio seminal dedicado por Raimundo Lida a las cartas de Quevedo, ni tan sólo se hace mención de esta correspondencia<sup>3</sup>, aunque Luis Astrana Marín ya había comentado las dos primeras cartas enviadas por Quevedo a Osuna. Luego, en una serie de primerizos, pero valiosísimos, artículos, James O. Crosby estudió varias

<sup>1</sup> Para la correspondencia que mantuvo Quevedo con Sancho de Sandoval, ver Sánchez Sánchez, 2002; para su correspondencia con los dos jesuitas, ver Crosby, 1998.

<sup>2</sup> Sánchez García, 2004, p. 433, destaca «la atención que el gobierno de Osuna dedicó a la imprenta como medio de difusión y propaganda y de la acción virreinal».

<sup>3</sup> Ver Lida, 1958.





de estas cartas y explicitó muchas de sus referencias históricas<sup>4</sup>. Recientemente, en su biografía de Quevedo, Pablo Jauralde ha utilizado dicha correspondencia, junto con mucha documentación más, para acabar de esbozar los diversos papeles desempeñados por nuestro autor en el servicio del duque.

Hace ya una docena de años, Mercedes Sánchez señaló atinadamente que lo que se conoce comúnmente como el *epistolario* de Quevedo en realidad un popurrí de escritos de muy diversa índole. Como apuntaba ella, en «la prolija y confusa edición de Astrana Marín» se mezclan, con «auténticas cartas —en el sentido coloquial y literal del término— [...] envíos de obras literarias —“prólogos”, en rigor—, falsas epístolas, simulacros literarios de subgéneros consagrados, etc.», siendo el resultado, en sus palabras, «un verdadero disparate»<sup>5</sup>. En efecto, las Cartas V y VI del *Epistolario* de Astrana —las primeras misivas que conocemos dirigidas por Quevedo a Osuna—, son las dedicatorias que acompañaron el envío de dos obras literarias: su traducción del pseudo-Focílides en 1609, y *El mundo por de dentro* en 1610<sup>6</sup>.

Aparte de estas dedicatorias, lo poco que nos queda de lo que debió de ser una muy nutrida correspondencia entre ambos hombres consta de trece cartas escritas por Quevedo a Osuna<sup>7</sup>, y de cinco escritas por Osuna a Quevedo<sup>8</sup>. Dejando aparte las dos dedicatorias ya aludidas, las cartas que nos quedan de Quevedo a Osuna empiezan con la que Astrana numera la Carta X, escrita desde Madrid en noviembre de 1615 al duque, que entonces estaba en Sicilia y acaban con la nota, publicada por Jauralde, enviada desde Nápoles en marzo de 1619 al duque, cuyo paradero en ese preciso momento no queda claro<sup>9</sup>. Se trata, pues, de una correspondencia que cubre un período de menos de tres años y medio: el último año del virreinato de Osuna en Sicilia, y menos de sus primeros dos años y medio en el de Nápoles<sup>10</sup>.

La primera carta conservada de Quevedo a Osuna merece un estudio de conjunto, en parte porque el mismo Quevedo le puso un encabeza-

<sup>4</sup> Ver Astrana, 1946, y Crosby, 1956a, 1956b, 1958a, 1958b.

<sup>5</sup> Sánchez Sánchez, 1993, p. 293.

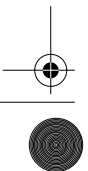
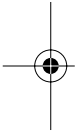
<sup>6</sup> Para la cuestión de las posibles relaciones anteriores entre Quevedo y Osuna, ver más abajo nuestro Apéndice «¿Cuándo se conocieron Quevedo y Osuna?».

<sup>7</sup> En Astrana, 1946, las cartas de Quevedo a Osuna son las X, XII, XIII, XVI, XVIII, XIX, XXI, XL, XLIX, L, LIV, LIX, a las que hay que añadir la que publicó Jauralde, 1990. Además, hay una carta de Quevedo al secretario de Osuna, Aparicio de Orive, fechada en Madrid el 20 de agosto de 1618, que corresponde al número XII de las cartas quevedianas publicadas por Rodríguez Marín, 1914, p. 607. No consta en Astrana, 1946, pero sí en Quevedo y Villegas, *Obras completas*, p. 860b.

<sup>8</sup> La primera de las cinco cartas de Osuna a Quevedo se editó por primera vez en Crosby, 1956a, pp. 1118-19. Las demás están en Astrana, 1946, Cartas XI, XXXII, XLIII y XLVII.

<sup>9</sup> Ver Jauralde, 1990.

<sup>10</sup> Jauralde data la llegada de Quevedo a Sicilia en 1613, y a Nápoles «poco después de que el Duque tomara posesión del Virreinato, hacia finales de septiembre de 1616» (Jauralde, 1999, pp. 304, 333-34).





miento que alude a su totalidad, pero también porque esta carta toca muchos de los temas del resto de la serie, a la vez que se anticipa a otras posteriores<sup>11</sup>. Habiéndome propuesto en un principio tratar toda la serie, aquí me limitaré a hablar únicamente de la carta que le da principio. En vez de centrarme en su significado histórico o biográfico, me propongo examinarla en tanto discurso comunicativo. Desde luego, para poderlo hacer, me veré obligado a echar mano de las investigaciones históricas y biográficas que han aclarado su contenido y las actitudes de su autor, lo cual me endeuda profundamente, en especial con Astrana, Crosby y Jauralde.

### RELACIÓN

A diferencia de las demás cartas que conocemos escritas por Quevedo a Osuna, y de la gran mayoría de las cartas quevedianas en general, esta primera lleva un epígrafe que define el género al que pertenece su primera parte, a la vez que el contenido del resto, ya que, probablemente una vez redactada la carta, Quevedo puso al principio, en el margen izquierdo, las palabras: «Relación y nuevas y visitas»<sup>12</sup>. En este contexto, «relación» implicaría probablemente la narración de eventos de cierta trascendencia pública, mientras que «nuevas» promete noticias sueltas, y «visitas» remite a un contenido concreto, sin especificar precisamente su naturaleza. Gracias al epígrafe, ya antes de emprender su lectura, el destinatario podría imaginar que estaba avisado sobre el tipo de misiva que tenía entre manos: una carta seguramente seria y de cierta extensión<sup>13</sup>. Sin embargo, el epígrafe no desempeña únicamente una función explicativa, pues, sencillamente por llevar esta especie de título, o titular, la carta se presenta como provista de una especial importancia.

De hecho, esta carta comienza con la relación de un evento público de gran alcance político-social: el doble casamiento real hispano-francés, efectuado el 18 de octubre de 1615, reportajes del cual aparecieron en numerosas relaciones (o sea, folletos informativos) publicadas en la época<sup>14</sup>. El estatus de relación de sucesos de la primera parte de la carta queda subrayado por sus palabras iniciales —«Síguese la grandeza de las bodas de la reina de Francia»—, ya que emplea una fórmula utilizada en los encabezamientos de algunas relaciones de la época, si bien éstas sue-

<sup>11</sup> Se trata de una carta de 7 páginas, autógrafa (AHN, Consejos Suprimidos, Junta de Jueces de Osuna, leg. 1, núm. 45), que aparece editada como la Carta X en Astrana, 1946, pp. 23-27, y se reproduce en facsímil entre las pp. 22 y 23. Jauralde asevera que la carta que comentamos es «del 15 de noviembre» (Jauralde, 1999, p. 319), pero el facsímil publicado por Astrana deja perfectamente claro que la fecha que puso Quevedo es el 21 de noviembre.

<sup>12</sup> Para las citas de esta primera carta, me baso en el facsímil reproducido en Astrana, 1946, modernizando, en adelante, la ortografía, la puntuación y el uso de mayúsculas. Ninguna de las 43 cartas autógrafas enviadas a Sancho de Sandoval que constan en el MS. Barnuevo lleva epígrafe alguno.

<sup>13</sup> Nótese que muchísimas relaciones publicadas en los siglos XVI y XVII se titulan *Carta... o Copia de una carta...* (véase Cátedra, 1996; García de la Fuente, 1996).



len ser relaciones popularizantes, escritas en verso, de sucesos sensacionalistas<sup>15</sup>. Por lo tanto, es posible que, con esta primera frase, Quevedo quisiera poner al duque sobre aviso de que su relación de las bodas reales quizás no sería tan seria como parecía prometer el epígrafe. En efecto, a diferencia de las relaciones impresas de la época, esta carta no relata en absoluto las ceremonias del casamiento, ni describe el ornato con que se decoraron las calles de Burgos, ni menciona para nada el subsiguiente viaje a Francia. Además, resulta ser, más que una narración seria, una relación burlesca.

El tratamiento más extenso y serio de estos casamientos se plasmaría en un libro de Pedro Mantuano, publicado tres años después<sup>16</sup>, pero, como luego explica Quevedo a Osuna, Lope de Vega y otros poetas se encargaron de escribir poemas de circunstancias sobre el evento, y, tal como indica Crosby, Lope incluyó una breve descripción de las bodas al final del tercer acto de *Las dos estrellas, o los ramilletes de Madrid*<sup>17</sup>. Aunque la primera frase de su carta —«Síguese la grandeza de las bodas de la reina de Francia»—, podría dar a entender que va a explayarse en su reportaje, Quevedo lo hace menos todavía que Lope. Mientras que el dramaturgo se limita prácticamente a enumerar una cincuentaena de los cortesanos más destacados que asistieron al casamiento, creando así una relación minimalista<sup>18</sup>, Quevedo deja bien patente que él tampoco está dispuesto a entrar en los minuciosos detalles de las descripciones prescriptivas en las relaciones de sucesos, pues su segunda frase prosigue así:

Dejando aparte la grandeza del señor duque de Lerma, que fue igual al ánimo con que hace todas sus cosas, no cuento a V. Ex.<sup>a</sup> el número de acemilas, ni digo lo acostumbrado de cordones de seda, reposteros bordados y garrotes de plata, por ser cosa tan cierta<sup>19</sup>.

<sup>14</sup> Ver, por ejemplo, Agulló y Cobo, 1966, núms. 584, 585, 592, 595, 601, 602, 604, 608, 609, 610, 611, 619 y 633. El mismo día que la infanta Ana, hija de Felipe III, se casó en Burgos con Luis XIII de Francia, representado por el duque de Lerma, la hermana del rey de Francia, la princesa Isabel, se casó en Burdeos con el futuro Felipe IV. Por cierto, en su carta, Quevedo afirma que los desposorios se hicieron el 16 de octubre.

<sup>15</sup> Compárese por ejemplo relaciones cuyo título empieza: *Síguese un gracioso cuento que sucedió en la villa de Madrid [...] de como en una casa principal [...] andaba vn Due[n]de que maltratava a todos los criados porque se iban a Valladolid*, (Murcia, 1601); o: *Síguese un caso notable, y verdadero de como los Diablos se han llevado a vn mercader agave llador de trigo [...] (Barcelona, Jaime Matevad, 1624).*

<sup>16</sup> *Casamientos de España y Francia, y viaje del duque de Lerma, llevando la Reina christianissima Doña Ana de Austria al passo de Beobia, y trayendo la Princesa de Asturias nuestra Señora* (Madrid, 1618).

<sup>17</sup> Ver Crosby, 1956b, pp. 108-10. La comedia se publicó en 1618 en la Parte XI.

<sup>18</sup> De modo parecido, Lope también rehuiría las formas establecidas del género en su relación de las fiestas de San Isidro, de 1622 (ver Ettinghausen, 2000, pp. 93-105).

<sup>19</sup> Crosby lee las dos frases como una (Crosby, 1956b, pp. 104-105), mientras que Felicidad Buendía comienza la segunda frase con «No cuento» (Quevedo, *Obras completas*, p. 823a). En *Los ramilletes de Madrid* Lope tampoco se explaya en describir la indumentaria de la aristocracia, aunque hace una excepción del duque de Uceda: «Gorguerán pardo vistió, / Cuajado de oro: no sepas / Más de que tuvo el vestido / Cuarenta libras de perlas. / Cien mil ducados valía / El cintillo» (Vega, *Los ramilletes*, p. 321).



O sea, huelga entrar en detalles, porque los pormenores habrían de ser más o menos los de siempre. Como comenta Crosby, la actitud es la de un aristócrata que está más que acostumbrado a este tipo de espectáculos y que sabe que su corresponsal lo está igualmente<sup>20</sup>. Además, se sobreentiende la negativa por parte de un escritor ya conocido como un gran estilista de hacer de gacetillero. (En *El Criticón* [II, iv] Gracián censuraría a «historiadores [...] anticuarios, gaceteros y relacioneros, todos materiales y mecánicos, sin fondo de juicio ni altanería de ingenio»). Más adelante, Quevedo parece criticar el lenguaje rebuscado de algunas relaciones de fiestas públicas cuando afirma: «aquella noche en Burgos ‘sacaron candiles’, que en castellano dicen *poner luminarias*».

Como indica Crosby, a diferencia de Lope, cuya minirrelación forma parte de una comedia destinada a ser representada en público, la relación de Quevedo se encierra en una carta privada. Así, él puede tomarse la libertad de mencionar en un tono quizás despectivo la librea con que Lerma vistió a los suyos: «Dio librea a toda su casa, la misma del Rey: aquellos ajedrecitos que V. Ex.<sup>a</sup> ha visto en las alegrías de la casa de Borgoña». Lo de «la misma del Rey» podría insinuar una crítica a Lerma por haber querido igualarse en magnificencia al monarca, mientras que, tal como apunta Crosby, el diminutivo «ajedrecitos» podría sonar a desprecio de su ostentación<sup>21</sup>. El contraste que marca Quevedo entre Lerma y otros grandes de España, que «llevó consigo», y que «no dieron libreas» a sus criados, enfatiza la impresión del exceso de la fastuosidad ostentada por el privado. Más adelante, distanciándose claramente de la práctica habitual de los relacioneros, Quevedo engloba su descripción de todas las libreas en una sola frase, breve y genérica: «Las libreas son así: sayos relumbrantes, capas relucientes, calza amarilla, gorras preciosas, lápidas de diferente color»<sup>22</sup>. Un relacionero *normal* habría dedicado gran parte de su reportaje a descripciones pormenorizadas del atuendo de los principales protagonistas del evento<sup>23</sup>.

Si Lope menciona una cincuenta de los principales asistentes a las bodas, Quevedo apenas si nombra una decena. Empieza declarando que el duque de Lerma «llevó consigo al marqués mi señor, al almirante [y] al duque de Cea», —o sea, al marqués de Peñafiel, hijo de Osuna, prometido con una nieta de Lerma, al marido de otra nieta del privado y a un nieto suyo<sup>24</sup>—, dejando a su destinatario con la sensación del claro

<sup>20</sup> Ver Crosby, 1956b, p. 106. En todo caso, Quevedo podía suponer que, antes de recibir su carta, Osuna habría leído otras relaciones de las bodas, bien en cartas particulares, bien en pliegos impresos.

<sup>21</sup> Ver Crosby, 1956b. Sin embargo, más que *dances* (bailes), parece que aquí «alegrías» significa fiestas públicas.

<sup>22</sup> Según Corominas, *lápide* sería una forma alternativa de *lápida*, quizás empleada aquí para indicar jocosamente un exceso de grandes piedras preciosas.

<sup>23</sup> Andrés de Almansa y Mendoza escribió una fuerte crítica del libro-relación de Pedro Mantuano, censurando, entre otras cosas, el poco detalle que había gastado en sus descripciones de la indumentaria de los principales asistentes a las bodas (ver Almansa y Mendoza, *Obra periodística*, pp. 121-23).



dominio del clan de los Lerma. Esta impresión de la subordinación al valido de los demás grandes se refuerza luego al repetir Quevedo el verbo «llevar»: «Llevó al duque de Sessa»<sup>25</sup>.

El desprecio que, al parecer, siente Quevedo por el despilfarro que significaron estas bodas culmina luego en su mención de «un caballero particular de Valladolid, que así se mandó nombrar don Tal Portocarrero», del cual dice lo siguiente, digno de sus mejores obras satíricas: «embistiéndosele las bodas en el cuerpo, como los diablos, se vistió a sí y a sus criados de su mayorazgo, cosa que le contradijeron los años por venir y la gana de comer, y sacó la más rica y mejor librea, en gran perjuicio de su estómago y acreedores»<sup>26</sup>. Más adelante, Quevedo explica con gracia por qué él no se puso el vestido que le había regalado Osuna — «porque no me le quitasen a pedazos, sin ser santo»—, una manera de expresar su gratitud, a la vez que una alusión chistosa al tema de la codicia, que tanta importancia reviste en esta carta, y las siguientes de la serie, como en general en sus obras satíricomorales.

Quevedo ofrece luego una versión ridícula de la corrida que inevitablemente formó parte de las fiestas nupciales: «Hubo cohetes y toros, que corrieron ellos a los caballeros, porque eran los de Burgos, y salieron ignominiosamente de la plaza», añadiendo con ironía que quien toreó mejor fue un primo suyo, el cual lo hizo tan mal que le «mató el toro dos caballos, sin que el toro se pudiese quejar de él, ni entendiéndose que traía rejón, ni que venía encima»<sup>27</sup>. Luego sigue dando más pinceladas jocosas encapsuladas en frases sueltas: el derroche preparado por el valido —«en Lerma hace el señor duque de Lerma un juego de cañas que cuesta más de catorce mil escudos»—, y la grotesca sumisión de las autoridades madrileñas ante la esposa del futuro Felipe IV: «en Madrid se quedan previniendo los regidores para caer delante de la princesa y rodar en su servicio».

<sup>24</sup> Juan Téllez Girón, marqués de Peñafiel e hijo de Osuna, se prometió (h. 1608) con doña Isabel de Sandoval y Padilla, hija del duque de Uceda y nieta del de Lerma; el almirante de Castilla, duque de Medina de Rioseco, estaba casado con una nieta de Lerma (ver Astrana, 1946, p. 530); y el duque de Cea era nieto de Lerma y estaba casado con una hija del almirante de Castilla (ver Crosby, 1956b, p. 105, n. 6).

<sup>25</sup> Quevedo escribe «Sesas».

<sup>26</sup> Este tratamiento satírico contrasta con la frase anterior, en la que Quevedo menciona la «librea espléndida» del conde de Villamor, seguramente por ser el conde un pariente de Osuna (ver Crosby, 1956b, p. 105, n. 8). Sin embargo, está en la misma línea satírica de varios versos de su romance sobre las mismas bodas reales: «hay quien ha dado librea / de meriendas y de almuerzos, / y bordado con sus tripas / el ya pagado aderezo. / Juntando para diez años / ayunos don Gerineldos, / se viste de fiadores, / que ya vienen por su cuerpo. / De pajes y de lacayos / se han comido muchos necios, / y, ermitaños, harán juntos, / penitencia por los cerros» (Quevedo, *Poesía original*, núm. 701, vv. 73-84). Crosby entiende que las referencias que hace Quevedo a la gana de comer y al estómago de Antonio Portocarrero indican que sus libreas le iban demasiado justas (Crosby, 1956b, p. 107). A mi ver, se trata de que don Antonio gastó tanto en libreas que no le quedaría dinero siquiera para comer.

<sup>27</sup> En el MS, «a quien mato el cauallo dos toro [sic] dos cauallos sin que el toro».



En esta relación, tanto los actos seleccionados para ser relatados, como la manera de relatarlos, obedecen a un tratamiento crítico, acentuándose su tono satírico al referirse a Lope de Vega y otros poetas como a meros complementos de lujo de la nobleza. Según explica Quevedo, el duque de Sessa «trujo consigo a Lope de Vega, cosa que el conde de Olivares imitó, de suerte que, viniendo en el propio acompañamiento, trujo un par de poetas sobre apuesta»<sup>28</sup>. Si las expresiones «un par de poetas» y «sobre apuesta» son harto peyorativas<sup>29</sup>, el propósito que Quevedo ve en su inclusión en el séquito del futuro Conde-Duque subraya el desprecio que despiertan en él los relacioneros en general, pues los poetas se trajeron «amenazando con su relación»<sup>30</sup>. Como si quisiera demostrar que él es un poeta que toma temas tan banales a choteo, y que no está dispuesto a escribir las relaciones laudatorias en verso que eran de rigor, Quevedo declara: «Yo estuve por escribir un romance en esta guisa, mas tropecé en la embajada [quizás en el sentido de *proposición impertinente*], y envía a Osuna los cuatro versos siguientes:

A la orilla de un marqués  
sentado estaba un poeta,  
que andan con reyes y condes  
los que andaban con ovejas<sup>31</sup>.

Se trata de la versión burlesca del comienzo de un típico romance pastoril de la época, como, por ejemplo, «A las orillas del Betis», de Góngora. (Quevedo escribió por lo menos dos parodias semejantes más, que empiezan «A la orilla de un brasero» y «A la orilla de un pellejo»<sup>32</sup>). En la carta a Osuna, recalca su sarcasmo, comentando: «El duque de Maqueda vino con mucha gente, y muy lucido, acompañando a su ex.<sup>a</sup> [o sea, a Lerma], mas no trujo poeta, cosa que se notó». El contraste que representa el comienzo, muy poco decoroso, de esta carta con las relaciones de las bodas destinadas a ser publicadas —bien en forma de pliegos impresos, bien, más tarde, en el libro de Pedro Mantuano—, se refleja también en el romance burlesco que hizo sobre estas mismas bo-

<sup>28</sup> Refiriéndose a Sessa, Quevedo dice: «vino con gran casa, caballeriza y recámara, e hizo entrada de zabuco en el pueblo». *Zabucar* equivaldría a *bazucar*, o sea revolver alguna cosa, hacer estruendo o estrépito. En el romance «Ayer se vio juguetera» (Quevedo, *Poesía original*, núm. 767), Quevedo dice de un toro que embiste un león: «le zabucó de tropel».

<sup>29</sup> «Sobre apuesta» sugiere que los poetas están allí para competir entre sí, seguramente esmerándose cada uno en superar a los demás en lisonjas de sus respectivos amos.

<sup>30</sup> Crosby cita la crítica que hace Cristóbal Suárez de Figueroa, en su *Relación de la of[n]rosissima jornada [...] para efetur sus reales bodas* (Madrid, 1615), de las «tropas de poetas» ocupados en cantar las bodas (Crosby, 1956b, p. 108).

<sup>31</sup> Además de zaherir las pretensiones sociales de Lope y de otros poetas plebeyos, estos versos de Quevedo, que perteneció a la aristocracia, casi equiparan a sus mecenas con ovejas.

<sup>32</sup> Se trata de Quevedo, *Poesía original*, núms. 785 y 858. En su romance burlesco de las bodas de Burgos, Quevedo escribe: «a la orilla de mi cama» (Quevedo, *Poesía original*, núm. 701, v. 5).



das («A la sombra de unos pinos»), en el que advierte, entre otros muchos detalles que recuerdan nuestra carta:

No quiero nombrar a nadie:  
que habrá quejas al momento  
sobre si nombré uno solo,  
o tres juntos en un verso<sup>33</sup>.

Junto con tantos otros géneros cortos de la época, la relación de sucesos es uno que parodia Quevedo, y este ejemplo constituye una de sus mejores parodias del típico reportaje de un acontecimiento público.

#### NUEVAS Y VISITAS

Tal como indicaba su encabezamiento, después de la *relación* que se acaba de comentar, Quevedo prometía informar acerca de *nuevas y visitas*. Mientras que en esta segunda parte de la carta predominan primero visitas y luego una diversidad de noticias sueltas, ambas categorías se entremezclan. En casi toda esta segunda parte se mantiene el tono jocoso de la primera. Sin embargo, entre las dos partes existe una diferencia importante para el lector moderno. Mientras que la relación de las bodas se entiende con bastante facilidad, hay varios pasajes del relato de las visitas y de las nuevas que son de difícil comprensión.

Lo que dice Quevedo de sus primeras visitas se entiende bien. Primero, explica que fue «a besar la mano a mi señora la duquesa de Nájera [mujer del duque de Maqueda y prima de Osuna]»<sup>34</sup>, y afirma que «di a su ex.<sup>a</sup> la carta y el rosario»<sup>35</sup>, aseverando que «no he tenido tan buen rato en mi vida» y contando los graciosos comentarios que la duquesa hizo a propósito del rosario, declarando en conclusión que ella posee un entendimiento que no es de esperar en una mujer: «yo no sé que haya hombre en el mundo tan entendido: es una duquesa Escoto». Luego Quevedo había visitado a «mi señora la camarera mayor», o sea la du-

<sup>33</sup> Ver Quevedo, *Poesía original*, núm. 701, vv. 61-64. Jauralde asevera que Quevedo «no ha podido acudir a las fiestas, porque ha caído enfermo, y está en cama» (Jauralde, 1999, p. 317), citando como fuente (p. 318) dos versos de este mismo romance burlesco: «Todos a las bodas van, / yo solo en la cama quedo», pero dejando en el tintero los dos versos siguientes, que dejan muy claro que se trata de una broma por parte de Quevedo: «enfermo de mal de ropa, / peligrosísimo enfermo» (Quevedo, *Poesía original*, núm. 701, vv. 49-53). Según Jauralde, cuando Quevedo escribe la carta que comentamos, ya está «repuesto del achaque que hubiera sufrido» (Jauralde, 1999, p. 319). La referencia que hace Quevedo al vestido que le había enviado Osuna confirma nuestra opinión de que, al decir en el romance burlesco que había guardado cama por estar «enfermo de mal de ropa» (Quevedo, *Poesía original*, núm. 701, v. 52), simplemente bromeaba.

<sup>34</sup> Ver Crosby, 1956b, p. 105, n. 10.

<sup>35</sup> La primera carta que conocemos de Osuna a Quevedo, redactada en Mecina el 6 de noviembre de 1615, encerraba otra para la duquesa de Nájera, tal como consta en su encabezamiento: «A D. Francisco de Quevedo, con la [carta] para mi señora la duquesa de Nájera» (citado en Crosby, 1956a, p. 1118). Parece poco probable que esa carta hubiese llegado a tiempo para que Quevedo la entregase a la duquesa en Madrid dos semanas después.





quesa de Lerma, cuyo intelecto describe también con gracia, y también en términos masculinos: «Hallela sentada en una silla, escribiendo en un atril sobre una mesa llena de papeles, con un ferreruelo puesto. Representóseme un evangelista acaponado».

Sin embargo, es el mismo Quevedo quien explica, una vez más con gracia, los problemas que había tenido con la visita siguiente. Había pasado a ver a «la marquesa de Auñón, moza y vieja», quienes le habían hablado de «los grandes disgustos» que había entre la duquesa de Nájera y «mi señora doña Ana María», comentando él a Osuna: «en esto me remito a sus señorías, por no haber yo entendido nada»<sup>36</sup>. Luego se refiere a «todas las mujeres famosas de aquí», mencionando en especial a doña Ana María Fadrique, doña Francisca Ortiz, y Mariana de Mesones, a las cuales había enseñado «el doblón de dos caras». Aunque él no lo dice, ese doblón llevaría sin duda la doble efigie de Osuna, ya que una de las mujeres había comentado que era el «retrato de v. ex.<sup>a</sup>», mientras que otra había exclamado: «¡El duque de Osuna con dos caras! ¡Traidor le quiero!»<sup>37</sup>.

Estas exclamaciones introducen el tema del principal propósito de la estancia de nuestro autor en la corte madrileña, aparte de su encargo de llevar a Madrid el tributo de 300000 ducados votado por el parlamento siciliano, puesto que, a continuación, comenta, en relación con «todas las mujeres famosas de aquí», y no tan sólo las mujeres: «Soy potentado, y con el oro que truje las deslumbro y no las enriquezco, y todos y todas aguardan a ver si pasase hora por mí tan menguada que prestase o hiciese plato», significando *hacer plato* «servir a otros la comida en la mesa». En la segunda carta que conocemos de Quevedo a Osuna, escrita tres semanas después, en la que afirma haber recibido una letra del duque de treinta mil ducados, nuestro autor afirmará: «Ándase tras mí media corte, y no hay hombre que no me haga mil ofrecimientos en el servicio de V. E., que aquí los más hombres se han vuelto putas, que no las alcanza quien no da»<sup>38</sup>.

La carta termina principalmente con una serie inconexa de noticias, fascinantes pero, en su mayoría, poco explícitas, debido evidentemente a que Quevedo confiaba en que Osuna entendería perfectamente sus alusiones. El primer conjunto de noticias tiene que ver con el círculo familiar del virrey. Según le informa Quevedo, el día que llegó a Burgos había hablado con el «marqués mi señor» (es decir, el hijo de Osuna), quien, asegura nuestro autor, está «arrepentidísimo del engaño que le hizo Villamediana en el enredo de Miguel Báez»: según Astrana, un intento de soborno tramado por el conde de Villamediana y Miguel Báez,

<sup>36</sup> Astrana vaticina que esta doña Ana María sería la futura suegra del duque de Medinaceli, amigo íntimo de Quevedo (Astrana, 1946, p. 539).

<sup>37</sup> La expresión «¡El duque de Osuna con dos caras!» está relacionada sin duda con *hacer a dos caras*, o sea 'proceder con doblez'. Aunque no he podido dar con la reproducción de ese intrigante doblón, cabe señalar que se reproducen dos medallas, cada una con un busto de Osuna, que datarían de 1618, ya siendo Osuna Virrey de Nápoles, en Rivero, 1946.

<sup>38</sup> Astrana, 1946, p. 28. Esta carta está fechada en Madrid el 16 de diciembre de 1615.



conde de Mola<sup>39</sup>. Mientras «en casa del conde de Villamor se trataba el negocio de casar a su señoría con mi señora doña Ana María», prosigue Quevedo, «el marqués mi señor está pesaroso del disgusto que a v. ex.<sup>a</sup> ha dado [¿quizás por el engaño de Villamediana?]». Al mismo tiempo, está «muy obediente al señor duque de Uceda [el hijo de Lerma y suegro de Osuna]» y «tiene su señoría alguna falta de dinero», comentando Quevedo: «Si para estas fiestas [o sea, Navidad] es necesario, v. ex.<sup>a</sup> escriba al señor duque de Uceda y le envíe orden para que se le saque lo necesario y algún dinero para que gaste, que yo acá le serviré con un pellizco de los cuatro mil». De esta manera, refiriéndose antes a mujeres, y ahora a señores de la más alta alcurnia, Quevedo introduce en esta carta la cuestión de los sobornos que tenía autorización de ofrecer en nombre de su amo, el gran tema de las cartas siguientes, y la principal razón por la que llegarían a utilizarse en los cargos hechos contra Osuna.

La segunda noticia se refiere al marqués de Barcarrota, un personaje estrafalario a quien Quevedo había dedicado *El alguacil endemoniado*, y que, según informa a Osuna, ha sido nombrado general de las galeras de Portugal. Aquí también figura el tema del dinero, ya que, «el día que yo entré en Madrid, dos horas antes se había ido al Fresno por dineros para las fiestas», sin duda otra crítica implícita del coste exorbitante de las bodas reales<sup>40</sup>. Además, Quevedo alude a un aspecto de la notable notoriedad de este noble, al informar a Osuna: «dícenme que estaba determinado a salirme a recibir dos leguas [de Madrid] con tales bebedores que perdiésemos el camino». En una carta fechada dos semanas antes, Osuna le había advertido: «ni a Juan Barcarrota ni Villamor no me dé Vm. de mi dinero, sino haga galanterías del suyo»<sup>41</sup>.

La tercera noticia es de las más enigmáticas e intrigantes. Reza así:

Hernán Clares vino a Madrid y no quiso darme algunas niñerías que traía para el marqués mi señor, de mi señora, pues estaba en Burgos, y no sólo no me las dio para que se las diese, pero ni se lo dijo a Aguirre, ni vio a mi señora la duquesa doña Isabel, y se las llevó consigo, y el marqués mi señor se está deshaciendo, pidiéndolas en todas las cartas<sup>42</sup>.

<sup>39</sup> Astrana, que no aduce fuente alguna, explica el episodio de la manera siguiente: «El enredo de que habla Quevedo en 1615 fue que Villamediana y Váez, compinches en la estafa, oliendo que el marqués de Peñafiel andaba en amores con la tal *doña Julia*, a pesar de hallarse capitulado con la hija del duque de Uceda, negociaron por partida doble para que aquella promoviera un escándalo, deshiciérase el noviazgo con la nieta del de Lerma y ellos sacaran provecho así del marqués como de la familia de doña Julia» (Astrana, 1946, p. 539).

<sup>40</sup> En mayo de 1608 Quevedo dedica *El sueño del infierno* desde El Fresno, quizás Villanueva del Fresno, señorío del marqués de Barcarrota (ver Quevedo, *Sueños y discursos*, II, 1128).

<sup>41</sup> Crosby, 1956a, p. 1119. Crosby no explica por qué Osuna llama *Juan* a Alonso Portocarrero, marqués de Barcarrota.

<sup>42</sup> Según Astrana, la doña Isabel mencionada aquí sería Isabel de la Cueva, segunda mujer del abuelo de Osuna (Astrana, 1946, p. 541).



¿Quién era Hernán Clares, y cuáles serían esas *niñerías* por las que el marqués se estaba deshaciendo?<sup>43</sup>

Luego viene un cortísimo elogio del secretario de Felipe III —«Jorge de Tovar es particular criado de v. ex.<sup>a</sup> y el mejor hombre de aquí»—, y el relato de una visita más: a «la marquesa de Peñafiel, mi señora» (¿la futura nuera de Osuna?), a quien Quevedo describe como «la más linda cosa del mundo después de mi señora doña Antonia», y dice haberle entregado una carta del virrey<sup>44</sup>.

Después viene una noticia que arranca a Quevedo comentarios que atañen directamente a la política adoptada en Sicilia por Osuna, cuya popularidad se resume en la afirmación harto graciosa:

no parece España con v. ex.<sup>a</sup>, sino mujer con rufián, que, en queriéndola hacer mal, pues: «¡A fe, que se lo diga al duque de Osuna!», pues: «¡A fe, que si el Rey envía allá al duque de Osuna!», pues: «¡Si el duque de Osuna va!», y parece v. ex.<sup>a</sup> el conjuro del Rey y del reino, que le invocan, en habiendo tempestades.

Sigue luego una última visita, esta vez al duque de Uceda, también relatada de una manera poco clara para el lector moderno, ya que Uceda le habría dicho a Quevedo «cuán cansado le tenía, y me dio la palabra de escribirle, mandándole no le tomase en la boca, y que acá le tenía hecha la cama con los ministros»<sup>45</sup>. Según Quevedo, Uceda se mostró comprensivo: quizás una referencia a los problemas políticos de Osuna<sup>46</sup>. Después de otra noticia enigmática —«Aquí ha llegado Castillo. Aguarda al señor Gil Ramírez, y yo a ver lo que hace».— la carta termina con la afirmación: «Por ahora no hay de qué avisar a v. ex.<sup>a</sup>».

Mercedes Sánchez acierta al valorar la diversidad que encierran las cartas que conocemos de Quevedo, entre las cuales enumera:

notas rápidas sobre hojillas volanderas en las que se sugiere algo muy del momento; cartas de tú a tú en las que asoma la relativa intimidad del escritor [...]; cartas que piden ser leídas en algún mentidero o copiadas para regocijo de cortesanos; epístolas cargadas de intención literaria, [...] etc.<sup>47</sup>

<sup>43</sup> Luego Quevedo asevera que «Sebastián de Aguirre ha ido conmigo en cas de los regentes, y sirve con cuidado». Aguirre era un agente de Osuna a quien Quevedo menciona en muchas de sus cartas y de cuya actuación Osuna se queja en una que le envió en julio de 1615 (ver Crosby, 1956a, pp. 1117-18). Curiosamente, según Astrana (1946, p. 26, n. 1), Aguirre fue el autor de una relación: la *Relación de la batalla que tuvieron en 14, 15 y 16 de Julio deste año de 1616 por tres días continuos cinco Galeones y un Patache del Ilustrísimo y Excelentísimo señor don Pedro Girón, Duque de Osuna [...] en la costa de Caramania, con 54 galeras y la Real del Turco*, 7 hs. (Madrid, Luis Sánchez, 1616). (Ver Agulló, 1966, núm. 630, sin mención del nombre del autor).

<sup>44</sup> Ella, por su parte, le habría dicho a Quevedo: «Cierito que tengo gran envidia a todos los que van a Sicilia y están allá, porque ven al duque mi señor y a mi señora».

<sup>45</sup> «No tomar uno en la boca a una persona» significa no hablar ni hacer mención de ella (*DRAE*). «Hacerle a uno la cama» parece significar trabajar en secreto para perjudicar a alguien.

<sup>46</sup> «No quiso diese la carta del Rey, asegurándome su castigo, y yo le solicito. Díjele todo lo que pasaba, y sintiolo mucho».

<sup>47</sup> Sánchez, 1993, p. 294.



La carta de avisos, o con avisos<sup>48</sup>, que hemos comentado contiene una mezcla de diversas noticias, relatadas en su mayoría con ganas, no tan sólo de informar, sino también de divertir e impresionar con la agudeza satírica con la que Quevedo seguramente tenía acostumbrado a Osuna y que caracteriza casi toda la correspondencia conocida entre los dos<sup>49</sup>. En cuanto a su relación de las bodas reales, además de seguir una vena parecida a la de su romance burlesco sobre el mismo tema, en ella Quevedo se anticipa también a la de los romances jocosos que escribió sobre las fiestas celebradas en Madrid en 1623 en honor del príncipe de Gales, y también a la de su divertidísima relación en prosa del real viaje a Andalucía del año siguiente<sup>50</sup>.

La carta a Osuna, en la que asoma la intimidad entre ambos correspondientes, relata sucesos públicos muy del momento, a la vez que una diversidad de noticias delicadas —sobre asuntos personales, familiares, cortesanos, financieros y políticos—, las menos personales y comprometedoras de las cuales el virrey podía haber repetido para regocijo de sus amigos más íntimos. Como dirá Quevedo veinte años más tarde al final de una de sus cartas a Sancho de Sandoval: «Yo he sido gaceta y correspondiente y cuestión»<sup>51</sup>. Cinco meses después de la carta que hemos comentado, empezaría otra a Osuna desde la corte española con las palabras: «El diablo anda suelto». Si es cierto que andaba suelto, en el autor del *Alguacil endemoniado* y del *Infierno*, el diablo encontró, además de un agente eficaz, un excelente cronista.



#### APÉNDICE

##### *¿Cuándo se conocieron Quevedo y Osuna?*

Antonio López Ruiz ve en una carta enviada por el duque al escritor desde Nápoles, en junio de 1617, una clara referencia a una amistad entre ambos que dataría de sus años estudiantiles en Alcalá. En el pasaje pertinente, Osuna afirmaba que no aceptaría desafíos de sus enemigos en Madrid sin obtener una licencia del Vaticano para batirse en duelo, pero que si el Papa «se moviese a conceder esta licencia, considéreme Vm. entre mis enemigos, como me vio en la plaza del mercado o en el llano de Palacio, y juzgue de quien será la historia»<sup>52</sup>. López Ruiz comenta: «Las localizaciones que don Pedro indica nos llevan inequívocamente a Alcalá de Henares, donde la plaza mercado porticada y el palacio de los Arzobispos son referencia inconfundible», y concluye en-

<sup>48</sup> Ver Étienvre, 1996.

<sup>49</sup> Además, denota una mutua confianza y familiaridad que fallan únicamente en una carta de Quevedo fechada en Madrid el 28 de junio de 1618 (ver Astrana, 1946, Carta LIV).

<sup>50</sup> Ver Quevedo, *Poesía original*, núms. 673, 677 y 723; y Astrana, 1946, Carta LXIX.

<sup>51</sup> Astrana, 1946, Carta CLXIX, fechada el 13 de marzo de 1635. Mercedes Sánchez, 2002, p. 264, n. 155, comenta esta frase de la forma siguiente: «Esto es, ha informado, ha respondido y pide a don Sancho respuesta en este mismo estilo 'periodístico'».

<sup>52</sup> López Ruiz, 1991. La cita está tomada de Astrana, 1946, p. 57.



seguida así: «En Alcalá, pues, fue Quevedo testigo de dos duelos del duque de Osuna, entonces marqués de Peñafiel. Y dos veces sugieren frecuente compañía»<sup>53</sup>.

Sin embargo, en la carta citada las palabras utilizadas por Osuna eran «la plaza del mercado» y «el llano de Palacio»: no dice nada en absoluto acerca de una plaza porticada, ni tampoco especifica para nada que el palacio fuese arzobispal. Plazas de mercado y palacios –referencias ciertamente inconfundibles doquier–, los había en casi cualquier ciudad española: sin ir más lejos, en Madrid, donde Quevedo podía muy bien haber presenciado duelos del duque, tanto antes como después de sus años alcaláinos. De manera que, mientras que la relación entre Quevedo y Osuna podría haber datado, como afirma con contundencia López Ruiz, de «hacia mediados de 1599», la prueba que aduce no es, ni mucho menos, concluyente<sup>54</sup>. En realidad, parece que los primeros indicios inequívocos e inconfundibles de su amistad se hallan en las dos dedicatorias quevedianas de 1609 y 1610, ambas relacionadas verosíblemente con el nombramiento oficial del duque como virrey de Sicilia en enero de 1610<sup>55</sup>. En la primera, Quevedo expresa la confianza de que su obra encuentre en el duque «su amparo [de] quien con las armas en la mano lo ha sido de su patria y religión», mientras que en la segunda manifiesta la esperanza de que el virrey «se divierta de grandes ocupaciones algún rato»<sup>56</sup>.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Aguiló y Cobo, M., *Relaciones de sucesos, 1. Años 1477-1619*, Madrid, CSIC, 1966.
- Almansa y Mendoza, A. de, *Obra periodística*, ed. H. Ettinghausen y M. Borrego, Madrid, Castalia, 2001.
- Astrana Marín, A., *Epistolario completo de D. Francisco de Quevedo-Villegas*, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1946.
- Cátedra, P. M., «En los orígenes de las epístolas de relación», en *Las relaciones de sucesos en España (1500-1750). Actas del Primer Coloquio Internacional (Alcalá de Henares, 8, 9 y 10 de junio de 1995)*, ed. M. C. García de Enterría, et al., Paris, Publications de la Sorbonne / Universidad de Alcalá, 1996, pp. 33-64.
- Crosby, J. O., «Quevedo and the Court of Philip III: Neglected Satirical Letters and New Biographical Data», *Publications of the Modern Language Association of America*, 71, 1956a, pp. 1117-26.
- Crosby, J. O., «Quevedo, Lope, and the Royal Wedding of 1615», *Modern Language Quarterly*, 17, 1956b, pp. 104-10.
- Crosby, J. O., «Noticias y documentos de Quevedo, 1616-1617», *Hispanófila*, 4, 1958a, pp. 3-22.

<sup>53</sup> López Ruiz, 1991, p. 74.

<sup>54</sup> López Ruiz, 1991, p. 73. Jauralde menciona la opinión de López Ruiz, y luego la hace suya (Jauralde Pou, 1999, pp. 94-95, 158).

<sup>55</sup> Crosby consigna la fecha «En la Aldea, Abril 26 de 1610» a la dedicatoria de *El mundo por de dentro*, a la vez que cita variantes que dan el año como 1612, 1622 o 1623 (Quevedo, *Sueños y discursos*, I, pp. 195, 613).

<sup>56</sup> Astrana, 1946, pp. 11, 11-12.

- Crosby, J. O., «Nuevos documentos para la biografía de Quevedo, 1617-1621», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 3, 1958b, pp. 229-61.
- Crosby, J. O., «Cuarenta y dos cartas de Quevedo a dos jesuitas distinguidos», *La Perinola*, 2, 1998, pp. 215-35.
- Étienvre, J.-P., «Entre relación y carta: los avisos», en *Las relaciones de sucesos en España (1500-1750). Actas del Primer Coloquio Internacional (Alcalá de Henares, 8, 9 y 10 de junio de 1995)*, ed. M. C. García de Enterría, et al., Paris, Publications de la Sorbonne / Universidad de Alcalá, 1996, pp. 111-21.
- Ettinghausen, H., «¿Lope reportero?: su "Relación de las fiestas de San Isidro"», *Anuario Lope de Vega*, 6, 2000, pp. 93-105.
- García de la Fuente, V., «Relaciones de sucesos en forma de carta: estructura, temática y lenguaje», en *Las relaciones de sucesos en España (1500-1750). Actas del Primer Coloquio Internacional (Alcalá de Henares, 8, 9 y 10 de junio de 1995)*, ed. M. C. García de Enterría, et al., Paris, Publications de la Sorbonne / Universidad de Alcalá, 1996, pp. 177-84.
- Jauralde Pou, P., «Una carta autógrafa e inédita de Quevedo», *Manuscrtao*, 3, 1990, pp. 21-25.
- Jauralde Pou, P., *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, Madrid, Castalia, 1999.
- Lida, R., «Cartas de Quevedo», en *Letras hispánicas: estudios, esquemas*, México / Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1958, pp. 103-23.
- López Ruiz, A., *Quevedo: Andalucía y otras búsquedas*, Almería, Zéjel Editores, 1991.
- Mantuano, P., *Casamientos de España y Francia, y viaje del duque de Lerma, llevando la Reina christianissima Doña Ana de Austria al paso de Behobia, y trayendo la Princesa de Asturias nuestra Señora*, Madrid, Tomás Iunti, 1618.
- Quevedo, F. de, *Obras completas*, ed. F. Buendía, Madrid, Aguilar, 1960, 2 vols.
- Quevedo, F. de, *Poesía original completa*, ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1981.
- Quevedo, F. de, *Sueños y discursos*, ed. J. O. Crosby, Madrid, Castalia, 1993, 2 vols.
- Rivero, C. M. del, «Una serie de medallas de virreyes de Nápoles (1618-1630)», *Hispania*, 64, 1946, pp. 383-408.
- Rodríguez Marín, F., «Doce cartas de Quevedo, unas parcial y otras totalmente inéditas», *Boletín de la Real Academia Española*, 1, 1914, pp. 586-607.
- Sánchez García, E., «Imprenta napolitana: los libros del virrey Osuna (1616-1620)», *La Perinola*, 8, 2004, pp. 433-61.
- Sánchez Sánchez, M., «Lo público y lo privado: acerca del epistolario de Quevedo», *Edad de Oro*, 12, 1993, pp. 293-301.
- Sánchez Sánchez, M., *Cartas de Quevedo: el manuscrito Barnuevo*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Autónoma, 2002.
- Suárez de Figueroa, C., *Relación de la of[n]rosissima jornada [...] para efetuar sus reales bodas*, Madrid, 1615.
- Vega, L. de, *Los ramilletes de Madrid*, en *Comedias escogidas de Frey Lope Félix de Vega Carpio*, ed. J. E. Hartzenbusch, Madrid, Atlas, 1952, BAE, vol. 52.